

SIN LLEGAR A LA UTOPIA: EL DESAFIO DEL EMPLEO

José Elorrieta

Responsable Prensa y Publicaciones
de ELA/STV

Palabras clave: Paro, política de empleo.
Nº de clasificación JEL: E24, J68.

INTRODUCCIÓN

El paro es una realidad tan próxima, tan inmediata que es prácticamente imposible encontrar una familia trabajadora que no lo esté viviendo como propia. La estadística no hace sino corroborar ese hecho: una persona de cada cuatro no tiene empleo.

A lo largo de toda la década, en el conjunto de los países industrializados, el desempleo ha tenido un crecimiento vertiginoso; todavía no se puede decir que se haya tocado techo y, lo que es más seguro, no es pensable que en un futuro inmediato sea posible, ni tan siquiera, aproximarse a lo que se entiende por pleno empleo.

Se detecta, incluso, lo que podíamos denominar una cierta campaña de mentalización orientada a que el paro crónico sea considerado como normal, como algo inevitable, cuando no necesario, para modernizar el aparato productivo y hacerlo así competitivo.

El liberalismo hoy instalado en gobiernos y en lo que se conoce por poderes fácticos económicos, no satisfecho con filtrar muy sibilantemente esa relación entre progreso y desempleo, ha pasado, incluso, al ataque sugiriendo cada vez más explícitamente que la culpa

del paro la tienen en realidad los trabajadores y más en concreto los sindicatos al plantear unas posiciones reivindicativas (salarios, jornada, empleo...) que desaniman la inversión.

Por nuestras latitudes, sobre todo, es una constante la queja por unos cortes salariales "a la europea" que, al haber tenido un crecimiento vertiginoso en los últimos años, han llegado a anular la ventaja comparativa anterior, lo que obviamente no puede menos que traducirse en una pérdida de mercados y, por consiguiente, en una reducción de empleo.

Poco o nada importa que los datos sigan demostrando lo contrario, que los datos sigan constando que en el ranking del coste hora/hombre estamos donde estábamos, los últimos por la cola, por debajo, incluso, del mítico Japón y con una relación de nada menos que 1 a 2 respecto a USA, Suiza o la RFA.

Para cualquier sindicalista no hay duda que el paro es el problema capital, primero por el coste social que comporta y, segundo, porque la bolsa del desempleo pesa sobremanera en las condiciones de vida y de trabajo del conjunto de los asalariados. El paro cuestiona y mediatiza de manera

más o menos directa todos nuestros derechos, todas nuestras conquistas.

Pero lo más duro de todo es esa interesada simplificación que, más allá del distanciamiento e incluso de la frivolidad, quiere pasar la obligación de la prueba a las propias víctimas.

Si en verdad el paro preocupase a todos, no debería haber reparo alguno en indagar sobre sus causas, no sólo para buscar culpables sino para buscar algunas soluciones. No se trata, desde luego, de dar con ninguna fórmula mágica, es sólo cuestión de poner remedio para que la situación mejore. Más que un problema de tiempo, es un problema de voluntad o de voluntades.

HAY QUE IR AL FONDO EN TODA SU COMPLEJIDAD

Claro que el paro es el resultado de una compleja combinación de factores: el error en las previsiones de política económica allá por los años sesenta, la aparición de unos cambios estructurales tales como las transformaciones del mercado de trabajo o la irrupción de nuevas tecnologías. Precisamente por ello, hay que ir al fondo en cada una de las cuestiones.

Error en las previsiones.—Uno todavía recuerda cómo la ciencia económica había convertido en historia el tema de las crisis, hasta que la llamada "Guerra de los 6 días" puso de moda a los clásicos liberales y a sus viejas doctrinas con lomos de modernidad. Con qué poco trauma quienes no tenían dudas sobre la solidez del pleno empleo pasaron a teorizar sobre la recesión.

En nuestro caso, cuando ya se respiraba la tormenta, todavía se hacían planes de expansión, si se podía hablar de planes, justo en las industrias que más duramente iban a ser castigadas por el ajuste, por la reconversión o por la reindustrialización.

Las transformaciones del mercado de trabajo.—Las profundas variaciones que se han dado en la población activa, tanto en el lado de la oferta como en el de la

demanda, están conformando un mercado de trabajo sensiblemente diferente con una incidencia directa en el nivel de empleo.

La incorporación de la mujer al mundo laboral es un dato común en toda el área de la OCDE. En Euskadi en concreto, en sólo cinco años el incremento ha sido de un 30%, aunque todavía la relación de población activa de hombres y mujeres dista mucho de estar equilibrada: 3,5 a 1.

En esta misma dirección se sitúa también el acceso de los jóvenes. El 22 % de nuestra población activa es menor de 24 años y el frenazo de la natalidad es todavía reciente para que se deje de sentir la presión de una mano de obra parada en más de un 60%.

Las nuevas tecnologías.—Tampoco se puede pasar por alto la aplicación de nuevas tecnologías porque su introducción en un período de crisis está teniendo fuertes repercusiones en el empleo, por muy verdad que sea que ninguna tecnología en particular lleva asociado un nivel predeterminado de empleo.

No se trata de poner en entredicho la innovación como tal, pero lo cierto es que sus aplicaciones prácticas más preocupadas por racionalizar la producción que por aumentarla tienen un precio social gravoso.

SE PUEDE Y SE DEBE HACER MUCHO

Algo habrá que hacer, de cualquier manera, para detener esa sangría que en el sector industrial de Euskadi ha supuesto pasar de 442.000 empleos a 312.000 de 1975 a 1983, sin caer en la ilusión que la solución vaya a venir por esa terciarización de la economía.

Algo habrá que hacer también para que los más de cien mil jóvenes vascos que se van a incorporar al mercado de trabajo en los próximos cuatro años no se sigan encontrando con una economía que sólo es

capaz de crear 4.000 empleos netos por año.

En una economía cada vez más interdependiente, no todas las medidas están en nuestras manos, pero es mucho lo que se puede avanzar si caemos en la cuenta que alguna razón particular habrá para que nuestra tasa de paro sea justo el doble que la media de los demás países industrializados.

Reto al Gobierno Vasco.—A las administraciones y, en concreto a la vasca, le corresponde un papel de primer orden para crear las condiciones de una recuperación sostenida. La desvitalización de nuestro tejido industrial es tal que el gobierno de Gasteiz tiene que asumir un papel mucho más activo, más ambicioso, sin contentarse con poner a disposición de la iniciativa privada todo un arsenal de ventajas crediticias y fiscales, aunque ello es básico si se involucra plenamente a las entidades de crédito.

No se trata de reinventar los polos de desarrollo para traer tal o cual industria, si es multinacional mejor. Es preciso diseñar un plan industrial concertado con las coberturas económicas y laborales necesarias aunque para ello se tengan que demandar de Madrid más competencias. El tema es muy serio para que los reflejos neocentralistas, ahora en nombre de la unidad del mercado, sustituyendo al obsoleto "destino en lo universal" nos dejen sin margen de maniobra.

No es ningún secreto que el éxito o el fracaso de este plan está en el grado de compromiso que asuma la misma administración en ser la parte más dinámica del mismo y en el impacto que se consiga sobre todo en las pequeñas y medias empresas.

Reto al empresario.—De otra parte ya va siendo hora que ese empresario remolón que nunca tiene suficientes garantías y que sistemáticamente recurre a dar como válida cualquier disculpa que justifique sus incapacidades sea reemplazado por los convencidos de que el futuro pasa por un salto técnico/organizativo, por un esfuerzo de identificar nuevos proyectos, nuevas oportunidades, es decir, lisa y llanamente por empresarios competentes que crean y estén dispuestos a apostar por el mañana.

Solidaridad, algo más que una palabra.—Los sindicalistas pensamos, además, que de esta crisis hay que salir repartiendo mejor el trabajo disponible y que no hay razones técnico-económicas suficientemente convincentes para negarse a una reducción de la jornada laboral apreciable, simultánea para el conjunto de los países industrializados. Estudios serios y recientes muestran cómo la contención del paro en Alemania se debe en buena medida a la reducción de jornada y no hay ningún indicio que esta economía se haya resentido en su nivel de competitividad.

Finalmente recordar que mientras el paro siga siendo lo que es, la solidaridad se hace necesaria, pero no sólo y, sobre todo, entre los trabajadores con empleo y los trabajadores sin empleo. La solidaridad tiene que abarcar a toda la sociedad y materializarse en un nivel de prestaciones sociales adecuadas. Es un contrasentido, que cuanto más falta hace, más se recorta el gasto social público, no en términos absolutos, pero sí y mucho en lo tocante a cada trabajador necesitado.